

Sergio Fernández

Las Meninas *

para Arturo Azuela

No sé exactamente el sitio ni quién fue mi conducto, pero al verla pensé que su tipo repetía un modelo cada vez más escaso, un poco de cera, de museo de cera. De querer desvirtuarla pensaría en van Dongen o en Romero de Torres. Pero no; más bien se acercaba a Zuloaga, rodeada —lo estuviera o no— de objetos decorativos aunque su función —la de éstos— fuera en la vida siempre útil. Lo que quiero decir es que las cosas, simplemente por estar junto a ella, se convertían en anecdóticas, tan inverosímiles, en todo caso, como la persona en sí misma; con la clase que representa. Daba igual el uso de unas medias oscuras que la desproporción de sus ojeras, difuminadas como si así lo deseara quien virtualmente la hubiera golpeado; un amante apasionado y cuidadoso; datos, lo declaro, exactos, pero al propio tiempo indefinidamente irrepetibles, un entero muestrario que en bajorrelieve marcaba por lo bajo una mitología aplicada, en círculos viciosos, a las medias oscuras, a las ojeras; o a Roma, donde con ella me encontré. Por eso, para entrar en materia ahora hago un inventario de sucesos que pueden ser mentira, pero que sin embargo no lo son: el que me hubiera molestado, por ejemplo, la amanerada hiel de su exilio político, manoseado, decantado a pesar de su sabiduría; el que me atraje-



ran su mordacidad y su ensoñación, productos, acaso, de un moho interno, como si el alma, ya madura, empezara a pudrirse en la espera de quien lo lograra aprovecharla.

¿Me perdonas el tuteo? ¡Eres tan joven! Ven, siéntate... ¿Has estado aquí anteriormente? La ventaja es que, por mucho que viajes, tienes un país para vivir; un país propio porque con ocho años de destierro, una acaba por volverse un híbrido lo cual, además de insólito es tan llamativo que no se puede esconder; es un sello. *Caffe latte per me, ¿y tú?* Qué bueno conocerte.

Pronto nos entendimos. Ella me abrigó así, de buenas a primeras, en su exilio porque Roma es bellísima pero ¡tan echada a perder!, ya lo ves, desde que llegaron los italianos se ha vuelto insostenible, por lo cual el destierro se acentuaba en los dos. Y este sentimiento me envolvió siempre, a mi pesar, hasta el momento de separarnos e irme yo a Alemania, lo que ella no entendía porque... no sé cómo decírtelo... te vas a encontrar con el demonio.

La advertencia —una amenaza que no pude olvidar— también me arrojó con su manto, uniformándonos, en cierto modo. Pero el asunto se extendía ya que estuvo en México unos cuantos meses, lo bastante para no soportarlo, perdóname, fue demasiado para mí. Y luego, no sin ironía hacia referencias a viajeros ilustres a quienes tampoco les había gustado. ¿Te convence Lawrence? Estaba, de todos modos, fascinado; no hay sino recordar las piernas bronceadas de aquel indio desnudo, nadando, creo, en Pátzcuaro. Así les pasa a los nórdicos: lo de siempre. ¿Y Green? Es un neurótico, pero muy divertido. Ah, qué belleza aquel cura, grasoso de tanto comer y emborracharse. Al decirlo se transformaba en una leona, de las que dan zarpazos o reciben flechas en un bajorrelieve asirio, o en ibis, de los que fisgan, con una inhóspita sabiduría, los misterios del Universo. Entornando los ojos hablaba de que lo sagrado la sobrecogía. Tu país lo es; quienes no lo entiendan así, simplemente dejan de existir, figúrate, con lo fácil que es para un dios aniquilarlos. Y me contó con frecuencia (como si en ese punto la memoria tuviera un especial engranaje), que unos turistas gringos, sorprendidos por ella en una ascensión irreverente a la Pirámide del Sol, regaron sus cadáveres en la carretera, cuando de regreso se volcó el automóvil. Y a propósito de Pátzcuaro, qué bien hacía Soledad Martínez cuando en el metro, en París, sacaba una tarjeta postal y la olía porque el lago purifica los olores que, reconcentrados bajo tierra, tienen los franceses.

Zuloaga no desaparecía cuando la humedad del alma florecía y las hojas se iban abriendo ante mí, transparentes pero a veces, como la flor, violáceas. Entonces las manos, siempre áspicas, parecían envenenarse en una ejecución espasmódica. Pero la

humedad daba origen a fenómenos variados de modo que algunos versos, de Guillén o Cernuda, se le cristalizaban en los ojos. Anclada a Roma (tú todavía no lo has sentido, pero nada tiene que ver con Europa. Es la capital de Africa, ¡mira, mira, mira los colores del *tramonto*!, ¿no es verdad?); detenida allí, jamás iba a intentar abandonarla y era al decirlo cuando su piel, lisa y oscura (levemente resquebrajada, quemada, en las ojeras); era al decirlo cuando de esa piel se desprendía un raro olor, como de gato. ¿Qué otra ciudad alberga lo que ésta? El mundo antiguo está paseándose, siempre, por la *Via Appia*, suspendido, vigente. Y entonces nombraba los caballos del *Quirinale* o la tumba de *Cecilia Metella*. París (ella sonreía, como de vuelta de un proceso) era una ciudad burguesa; hermosa pero no consagrada. No, nada se le compara a Roma, *prego, un altro, per piacere, e tú?*

Pero era necesario que yo conociera a Araceli. No ha venido porque está enferma. Flebitis, la pobre no sale de la *palattina* desde hace una semana. Si no fuera mi hermana, lo mismo te diría: te encantará. ¡Qué delicia el *rizzotto* de Pietro! Te puede fiar si lo necesitas, ya verás, tal como sucedió después, cuando entre tráfago y tráfago, me robaron, puteando, la cartera.

La otra era gorda, miope, de una blancura privada, ligeramente descompuesta. Cuando llegó



—después de la crisis— a la *Piazza del Popolo*, trepó las piernas en la silla vecina, con enormes esfuerzos. Se amaban látricamente, como pudieran beberse entre sí dos espejos colocados de frente; como pudieran odiarse, estrellándose entre sus aguas, gota a gota. Con tiento me anunciaron que la familia se alargaba a los gatos, a quienes atendían (me dijo Luigi en un aparte) con devoción. La escritora dividía su tiempo dedicándolo a sus ensayos, espléndidos en su hibridez filosófica y literaria; a la flebitis de la hermana y a los gatos callejeros; a los que no vivían en la *palattina*. Araceli cuidaba de los otros —veinticuatro en total—; también de la correspondencia escasa de María y de sus gruesos lentes, sin los cuales daba la impresión de desmoronarse al caminar. Eran Jano, si al mito que agregaba Medusa, pilosa dispensadora de felinos. La inclinación trascendía toda meta: ni Masaccio, ni los tesoros de *Santa de Maria Sopra Minerva*, ni el cuadro de Inocencia lograban una competencia con esa especie de sojuzgamiento que operaba *accanto* al Tíber, escalofriante tal amor pues había algo que las emparentaba con lo oscuro, sin que pudiera precisarse qué fuera. Porque la relación era privada, díscola, sinuosa, sucedánea, virtuosa, incontinente, congregada, iniciática. Fue natural que al cabo del tiempo me apresaran de modo que recorri el laberinto aislante para llegar al centro mismo del espacio sagrado: la *palattina* frente al Tíber. Y ¡qué maldad la de la gente, sobre todo la de los vecinos, que intentaban convencer al dueño del edificio para que las echara! Oh los italianos esos, tan vulgares, los que salían de los *negozzi* porque en la ronda vespertina María —de un bolsón nylon— sacaba *spaghetti* revuelto con sardinas; lo sacaba con la mano, como si pescara del mar, sin cuidarse mucho de la grasa que se le embarraba en los dedos para atender en cambio tanto a *i gatti* como a huir a saltitos porque *vàtene via, figlia di puttana... per che non mi dai un baccino nel cazzo si non hai niente da fare*, y a veces hasta nos rozó alguna piedra mientras ella, que tanto me recordaba a Celestina, se escurría entre temerosa y lúdica, una vez cumplida su misión, pero no les hagas caso, vente, después del *Panteon* te convido un *caffè freddo* a la *Piazza Navona* donde está la cabeza de Santa Inés, allí en la propia iglesia. A la pobre la degollaron, como recordarás. Y era necesario alimentarlos porque Cleopatra los había llevado por primera vez, un espectáculo glorioso, en verdad. Se trataba —decía con los dedos pringosos pegados al espacio— de una degeneración de los tigres pero ¿no te parece que así debió haber sido Babilonia? Mira las enredaderas que caen por las paredes de este *vicolo*; mira los jardines de un lado y otro, casi se unen, sobre todo con la perspectiva de esta cuesta mientras, calle a calle, al acecho, los gatos esperaban la hora del *appuntamento*.

Ellos todo lo saben, todo, lo cual prefijaría una



conversación con Edmundo O'Gorman años después, en Temixco, porque los gatos, Sergio, me dictaron la conferencia que dí en Washington, quién lo dijera. Me la dictaron al oído aquí mismo, en la terraza donde estamos: son formidables. ¡Cuánto tenemos que aprender los hombres de los animales! Pero nuestro pueblo los odia, como también detesta los árboles: no merecemos entrar en la historia; por eso, entre otras cosas, a nosotros mismos nos hemos marginado. Y lo eran, en efecto. Todo lo sabían. Bastaba recordar a la efigie de Toth o al felino incrustado en el cubo del *Soberano* del "Libro de los muertos" para acentuar la idea y no pensar que uno desvariaba. María enfatizaba estas citas tanto como las que se referían a las cabezas de serpientes de Teotihuacan o a las águilas y al jaguar de Malinalco. Llegada a este punto, también reiterativo, soltaba una carcajada feroz. ¡Las águilas! ¡Qué perfección de líneas, qué vacío: exacta falta de gravedad, la indispensable a un cuerpo alado que deja de ser piedra! Realmente (el *spaghetti* caía chorreando de la bolsa) están en el espacio; son el espacio. En aquellas caminatas lo que calló siempre es que ellas, las Zambrano, vivían en la miseria. Con aplomo, pero no sin angustia, esperaban una pensión exigua y unas exiguas, si no fantasmales, regalías del extranjero. Debían abarrotar, la leche, la renta, pero era tanto más de preocuparse el odio de los vecinos, justificado con creces pues al llegar, ya desde el piso bajo, apestaba por lo que, al subir cuatro pisos más, aquello era asfixiante. Pero no era posible, ni con el olor, olvidar las sentencias de la bruja: ¡Las águilas! Estoy segura de que Braque de ese modelo tomó la rapidez de sus palomas. Te invito, cuando estés de regreso, a cotejarlos en tu país.

Cuando entré a la *palattina* por vez primera (nunca supe si fue una distinción social o una forma de iniciarme) subí no sin temor pues *puzza, è orribile; hai guidato perche le bestie sonno molte cattive. Maria ha la destra ferita perche la gatta - quella bianca e nera, che hanno portato di Cuba - è la più selvaggia. Ma non intendono. Un giorno l'uccideranno. Tu vedrai*. Luigi tenía razón: al traspasar la puerta comprendí mi temeridad. Un murmullo de hojas, agitando sórdidamente el bosque, me recibió, pero pasa, hombre, pasa, por Dios, no tengas miedo, por lo que, haciendo de tripas corazón, crucé entre la doble valla, agazapada en el pasillo. Se trataba, claro, de una profanación que los animales olfateaban. Eran no los dueños sino los dioses y ellas, las hermanas, las meninas, las adoratrices. Pero ¡qué alegría tenerte con nosotras! Y Araceli, tan cegatona, me tomó de la mano y me arrastró a la sala para enseñarme, desde la ventana, el río: turbio, sepia, se aletargaba como en Piranesi y en su serpentario (el del Tíber) podía preludiarse el goticismo de las cárceles del genial artista. El río las acompañaba porque ¿sabes? si tenemos tantos es porque *Glisser* estuvo embarazada y en el barco

dio a luz. Sus cachorros eran intocables. El que la gata a manchas hubiera nacido en la Habana y la versión de los tigres africanos fue un sincretismo que se encadenaba remotamente pero ¿qué importancia tenía habiendo yo aceptado todo lo demás? Mira: un crío que mama no debe ser sacrificado pues la leche (ya sabes, se trata de una obvia alquimia material) los vuelve intocables, cosas todas que se explican por las dos torres del Arcano de la Luna o sean —dijo— las reacciones de nuestro cuerpo material y el mundo de naturaleza invisible. Si lo recuerdas bien, existen también dos perros que, como las torres, marcan una pareja blanca y otra negra. En medio un escorpión, metido en un óvalo acuoso, completa el panorama de la clarividencia, de la clariaudiencia y la mediumnidad. Otro día te explico por qué son tan peligrosas las sesiones espiritistas. Pero *Glisser* era la más respetada porque había lamido, en el balcón, la luz del último eclipse de Luna: Hermes —aclaró— tenía que ver con todo aquello. Como había robado el ganado de Apolo poseía, desde entonces, un verdadero entusiasmo por los animales, no sólo los solares. Y me invitó a sentar.

No comí. Los muebles eran la piel sarnosa de cualquier gato callejero, por lo que pensé en una absoluta mimetización; o el cruel despellejamiento al que en China se sometía a un reo condenado por alta traición. Era evidente que *Glisser* y su descendencia se extendían en el espacio por lo que una continuidad fétida envolvía aquello que nunca fue precisamente un conjunto de lujo, y que no distraía, para nada, la devastación. Luego, aquí y allá, *Nina, Cavalcanti, la Duse*. De cuando en cuando se volvía a producir la amenaza de la tormenta —la del bosque— en tanto que el olor, sulfídrico, venía e iba del Tíber; venía e iba pastoso, mezclado al calor de *Ferragosto*, a una canícula sudada y sexual. Agazapados, maullantes, manifestados podían ser uno solo que gozara de ubicuidad; o múltiples en una unión que intentaba acaso regresar a las visceras oscuras de la madre común, de *Glisser*. Pero pásale la fuente de la pasta, vamos, no hagas cumplidos, hombre, come, en tanto que había —como a moscas— que espantarlos de la mesa, ¿no te encanta *Agatón*? El pobre, tan desdichado en el amor, no suele hacerle carantoñas a nadie, ¡en cambio a ti!, mira cómo requiere de tus mimos. *Ma è meglio parlarle in italiano; capiscono più, non è vero, ¿Araceli?* Mañana iremos a ver el Angel de *Santa Maria in Porta Latina*; las alas y el cuerpo se le llenan de ojos, lúcidos, taladrantes, señas de la inteligencia del Creador, de su Omnipresencia. Aquí vas a encontrar de todo. Lee los periódicos: los asesinatos, ya pasionales, ya políticos son, en Roma, una ofrenda, una derivación indispensable de las hecatombes del mundo antiguo. Ojalá aquí hubieran matado a Mussolini. Tienes que conocer *Cerveteri* o *Tarquini*: allí huele a Virgilio, ve tú solo porque es imprescindible no compartirlas con nadie. Y

como Araceli hacía la siesta la otra me llevó a la sala para hablar o, más bien, en mi caso, para oír del viaje de Goethe; del *ragazzo* que días antes intentó, con Luigi, una extorsión, por poco lo mata, aunque ya hubieran convenido el precio; de que Shelley solía sentarse, horas y horas, en la *Piazza di Spagna*; de los cuadros últimos de Juan Soriano; de que debíamos llevarle flores a Fra Angèlico; de que Ramón Gaya no las había saludado en "El Greco". Desde el panteón protestante tenemos que ver el *tramonto*, hay unos cipreses muy bellos pero... ¿quieres echarle un ojo a Araceli mientras lavo los platos? Anda, estamos felices contigo.

La puerta, entreabierta, me entregó un bulto tumultuoso, desproporcionado sin los lentes, enorme. Mira qué marrulleros, me dijo invitándome a sentarme a su lado, en la cama, mientras varios la rodeaban marcando, con las patas, un suavísimo ritmo de felpa, amodorrado. La flebítica sonreía en tanto que las piernas, trepadas en cojines, recordaban a Swift. Nunca nadie me pareció tan cercano a la dicha, tan raptado de lo demás del mundo. Me olvidé de que María tomaba cuerpo entero cuando dejaba los bajorrelieves asirios; o de que de perfil era el Ibis egipcio. Me olvidé, simplemente, de María. La visión frente a mí era la de una masa confusa, aterciopelada: una especie de vianda a la que, antes de devorar, se le adereza. Carne escandalosa-



mente desigual — un horizonte de dunas ondulantes — por la que los animales atrevesaban en el tránsito de lo sagrado a lo profano con ternura, ciertamente, abrigando, en las oquedades de la nuca y una sola axila abierta a la caricia, cabezas, colas, flancos, ronroneos. Fueron hocicos y lenguas de lija: olfatos que le olieron a Araceli — con pasión — el vientre; que le lamían los codos; que le mordisquearon con amor el nacimiento del cabello. Era, más que una sodomía, una especie de fusión, pero podía juzgarse como un vuelo pues, de haberme sometido a la espera, hubiera — estoy seguro — existido una levitación. ¿No son maravillosos? No sé qué haríamos sin su compañía. ¡Ah, qué calor! Luego dejó de mirarme pues borrado de su intención interna la oí, en aquel éxtasis, interjecciones majestuosas, dinámicas, *sei molto carino, ma lasciami; stai sito, sito... Ma no! Li occhiali no*, por lo que de inmediato los apartó para que no se los rompieran. *Sonno molti cattivi*, terminó Araceli que, en lugar de una de tigre a sus pies, como la Regenta, gozaba de las degeneradas pieles encima de su cuerpo.

Sí, qué calor el de agosto. Entonces, al ver aquel fiambre a punto ya de agusanarse, no se si sentí repugnancia o una envidia que así se disfrazaba pues aquel era un encuentro, en suma, con efectos largamente esperados. Pero podía pensarse en una bolsa acuosa (una placenta, claro,) que en el momento de haber entrado yo, reventara mostrando el producto llevado en las entrañas. Observé cambios, pequeños altercados, celos, arañazos: objetos desfasados, todos, cuando de pronto, al entrar *Glisser* la masa súbitamente se paralizó. Sin mirarme ella saltó al ropero y allí, en garabato, convertida en una piedra antigua, contempló el temblor interno, general, *ma vieni qui, carina, avvicinati...*

Sin que tuviera que presionarme encontré a la gata semejante a María. Ambas, aun cuando colocadas en espacios distantes, se unían por líneas rectas trazadas por las alas de una mariposa gris, vellosa, que también era un halo o las ojeras de Zuola.

Pero aquello no me pertenecía. Puse pretextos y bajé, a saltos, las escaleras del edificio. En Alemania (donde me encontré con el demonio) supe que las habían echado y que intentaron refugio en Suiza, *tutto un circo* — me escribió Luigi — porque en lugar de maletas había un montón de jaulas; *un circo, veramente non te lo posso spiegare*.

Tutto un circo. Desde entonces les perdí la pista. No sé si están en la *Piazza del Popolo*, allí, en la capital misma de Africa; si en su España anhelada y aborrecida, dichosas de que haya muerto Franco, tristes de que los estertores del dictador no se hubieran alargado al infinito. No sé si están en el panteón, rodeadas de sus gatos marinos, en un aquelarre nada silencioso.

Los empeños, San Angel, diciembre de 1978